

Bibliografía

GEOGRAFIA HUMANA (Antropogeografía).

Por *Juan de la Cruz Posada*. Ediciones de la "Universidad Católica Bolivariana". Medellín, 1941.

La aparición de un libro científico entre nosotros suele ser tan escasa, que debe llenar de verdadero júbilo a los que aman de veras su tierra y se interesan cierto, por su adelanto y cultura. Tal ha acontecido con la obra del Profesor Juan de la C. Posada con cuyo título encabezamos este comentario, obra patrocinada por la Universidad Católica Bolivariana que la ha publicado con todo esmero en una edición que nada tiene que envidiar a las mejores americanas.

En cinco capítulos de lectura densa y en estilo fluido y correcto, lo que indica a todas luces que su autor apacentó su mente en las enseñanzas humanísticas que imprimen un sello indeleble, esta obra nos inicia en el conocimiento de nuestro *geoi-de* y de cuanto influye sobre nuestro mundo: la biosfera, la litosfera, la troposfera, etc.; nos lleva como de la mano en el estudio del clima y los diversos factores climáticos tales como: el aspecto geológico y el relieve del planeta que habitamos, las aguas, los suelos, las plantas, los animales, los vientos, la electricidad, etc. sin descuidar el subsuelo. Por último, hace un estudio de la especie humana, de sus características espirituales y físicas, de su distribución sobre el globo y de su presente estado evolutivo. En

una palabra: la obra consta de 329 páginas de lectura del más vivo interés en que nos pone al corriente de lo que no debe ignorarse en punto de geografía humana, rama importantísima de las ciencias biológicas.

Dicha ciencia, aunque aparece como de reciente data, tuvo cultivadores entre los sabios de la antigüedad griega, especialmente en lo que mira a los influjos del clima sobre el hombre y las sociedades humanas. En efecto, Aristóteles, en su tratado *De Política* y en una audaz generalización nos dice que los habitantes de las regiones frías son valerosos y hechos para la libertad y que los asiáticos, faltos de energías, están destinados a la esclavitud y al despotismo. Pero el mayor esfuerzo en este orden de conocimientos nos lo ofrece Hipócrates, el padre de la medicina en su famoso tratado "*De los Aires, de las Aguas y de los Lugares*". Basta leer solamente la introducción de este bello libro para darse una cuenta del espíritu de penetrante observación que animó siempre al iniciador de la Escuela de Cos y autor de los famosos "*Aforismos*".

La doctrina de los influjos del clima ha sido afortunada y fue recibida sin restricciones por grandes pensadores como Montequieu, cuyas teorías acerca de la influencia de los climas sobre el carácter, las disposiciones y las costumbres de los pueblos, quedaron establecidas en su obra "*El Espíritu de las Leyes*", que tanto influyó sobre los hombres del siglo XVIII.

Por de contado que tal concepto no puede aceptarse hasta hacer caso omiso de las demás circunstancias. Sin duda el clima ejerce una acción enérgica sobre los pueblos e Hipócrates ha necesitado de una observación aguda y de una profunda filosofía para reconocer que el hombre, ser eminentemente variable, es modificado por las influencias permanentes del suelo, de la atmósfera y la temperatura; pero desde luego ¿qué relación hallar entre las facultades del espíritu y las condiciones climatológicas? Sin embargo, existe una relación y a la ciencia antigua le ha tocado sorprenderla en su realidad; pero corresponde a la ciencia moderna circunscribirla en sus justos límites. Nuestro Caldas mismo, en su bello estudio publicado en el *Semanario* en 1803, que lleva por título "*Del influjo del clima en los seres organizados*" tiene intuiciones de la mayor agudeza sobre estos temas.

Hipócrates cree que es el clima el que hace a los europeos más belicosos que los escitas. Y sin embargo, con el correr del tiempo ha sucedido que los persas, tan fácilmente vencidos por los griegos, se han mostrado más tarde invencibles por los romanos; en cambio los griegos se mostraron débiles en tiempo de la decadencia para volver por sus antiguos fueros en los tiempos que alcanzamos en que a su turno los italianos han bastardeado de su origen.

Todos estos ejemplos nos sirven para demostrar que la virtud militar no hace relación al clima sino que mira a la disciplina. Hipócrates mismo trae una restricción a su teoría cuando dice que las instituciones políticas modifican notablemente la moral de los pueblos y agrega que los asiáticos, sometidos al despotismo, son menos belicosos que los europeos, gobernados por sus propias leyes. Este concepto habría que modificarlo en vista de la sicología de los modernos germanos, italianos y nipones.

Enigma ayer, hoy objeto de ciencia, el clima, jamás será sin duda un factor

apreciable de fenómenos síquicos, excepto los más elementales. Rígurosamente él no determina nada y actúa únicamente en el plan de las tendencias.

Uno de los precursores en el estudio de las relaciones entre el hombre y la tierra fue sin duda el Barón de Humboldt, quien después de haber viajado por Europa y América se dió cuenta de las modificaciones que la latitud, la altitud y demás circunstancias ecológicas imprimen en los seres organizados, animales y plantas, y escribió su famoso estudio sobre *Geografía de las Plantas* que dedicó a Mutis, a quien llama "el Patriarca de los botánicos".

Para nosotros es motivo de patriótico orgullo el pensar que nuestra patria no es ajena al nacimiento de esa rama tan fecunda de la Biología como parece deducirse de las siguientes apreciaciones.

Cuando el barón visitó el establecimiento de la Expedición Botánica de Bogotá en 1801, quedó verdaderamente maravillado al hallar en la región más mediterránea de cuantas había visto en este continente, un centro científico digno de las ciudades más cultas del viejo mundo. Encontró artistas verdaderos aplicados a pintar del natural y con tintes extraídos de las plantas vernáculas, miles de plantas y animales que constituyen todavía la iconografía más original y valiosa; colecciones de especímenes de los tres reinos, manuscritos, memorias, notas, observaciones astronómicas y el primer templo elevado a Urania en el Nuevo Mundo con una dotación admirable.

Ahora bien: desde 1796, según lo hemos puntualizado en la correspondencia de Caldas, este colombiano insigne se había dado al estudio de la naturaleza con un ardor sin ejemplo y había hecho gran copia de observaciones sobre astronomía, botánica, zoología, costumbres y monumentos indígenas, etc. y desde principios de 1801 había remitido a Mutis varias colecciones, trabajos autógrafos y prospectos acerca de sus futuros trabajos.

El Dr. José J. Triana, que tuvo el privilegio de estudiar a espacio en Madrid el archivo de la Expedición Botánica de Bogotá, nos dice haber hallado en él cuadros autógrafos de las nivelaciones de Caldas sobre las cuales están señalados, según la escala barométrica, los límites extremos de la vegetación de las principales plantas cultivadas, y agrega: "Aun suponiendo que Humboldt no se hubiera admirado a primera vista, de la diferente distribución de las plantas sobre los Andes o en la superficie del globo, habría bastado a todo espíritu generalizador dar una mirada sobre los cuadros de Caldas, para sorprender ahí la revelación de una ciencia cuyo desarrollo sólo le bastaba proseguir en adelante. Tanto aprecio dio Humboldt a las enseñanzas que recogió sobre la Geografía de las plantas en el establecimiento botánico dirigido por Mutis, que de ello hallamos una delicada prueba en el homenaje lisonjero que hizo de este último en su *Cuadro físico de los Andes*, terminado en Guayaquil en 1803".

Hoy estamos ciertos que cuantos documentos halló el barón relativos a la nivelación de las plantas y a los límites entre los cuales crecen las *Cinchonas* o *quinás* que tanto admiraron al sabio prusiano, son debidas a Caldas, quien lo afirmó enfáticamente y en el momento más solemne de su vida, cuando desde la Mesa de Juan Díaz y ya prisionero, escribía a don Pascual Enriles, el 22 de octubre de 1816: "He levantado la carta de casi toda la parte meridional de la Nueva Granada, no sobre conjeturas, relaciones vagas o borrones ajenos, sino sobre medidas, rumbos, operaciones geométricas, determinaciones astronómicas de latitud y sobre todo de longitud, ya aprovechando los eclipses de luna y sol, ya las inmersiones y emersiones de los satélites de Júpiter, ya los apulsos de las estrellas por la luna, ya las distancias lunares, ya los azimutes de la luna y ya por el tiempo y marcha de un cronómetro de Emery.....

"Si encuentro un apoyo y el tiempo necesario, la nación verá una carta botánica del reino, con todos los Andes en perfil, desde los 409,30 de latitud austral hasta los 99,30 de latitud boreal. Ella verá a qué altura encima del nivel del mar crece cada planta, y de qué clima necesita para vivir y prosperar. Ni Mutis, ni sus ayudantes o discípulos podrían negar que esta manera filosófica de mirar la vegetación no me ha sido enseñada en su establecimiento, donde nunca se ha pensado en salir de las vías comunes y repetidas".

.

Después de Humboldt aparecen Ritter y Oppenheimer y todos sus discípulos de la escuela alemana y Ratzel, quien ha llegado a las más atrevidas deducciones y para quien nada hay en las actividades del hombre que no tenga su origen en las influencias mesológicas. En Francia, Eliseo Reclus y sus secuaces hicieron progresar inmensamente el estudio de los fenómenos de la vida del globo y las relaciones del hombre y la tierra y Vidal de la Blanche, arrebatado a la ciencia cuando se hallaba en pleno vigor intelectual, puso una nota de cordura y ponderación en estas bellas manifestaciones de la inteligencia humana. En los tiempos más recientes Bruhnes, en Bélgica y Helpach en Alemania han atemperado las exageraciones de la escuela materialista y dado a estos fenómenos una significación más acorde con nuestra naturaleza humana.

Nos hemos detenido en las anteriores apreciaciones de orden histórico porque las consideramos oportunas y convenientes al comentar el trabajo del Profesor Posada.

El autor, al tratar de las razas humanas, se decide por la clasificación de L. H. Dudley Buxton, la cual es una ampliación de la de Haddow. Según estos autores, se clasifican los hombres en tres grandes grupos, a saber: 1º, *de cabellos*

rectos; 2º, de cabellos lanudos; 3º, de cabellos crespos.

El estudio de la etnoclimatología, que es decir, de las razas humanas en relación con el clima, es del más vivo interés y se presta a largas lucubraciones. Sábese que en lo que a los animales concierne, su repartición sobre la superficie del globo depende sobre todo de la vegetación; pero el hombre, capaz por su inteligencia de crearse él mismo su alimentación por medio de la agricultura, de la pesca, de la caza, de la ganadería y aun de la síntesis química, es influido sobre todo por el clima. Pero la dificultad de la clasificación surge al tratar de utilizar los caracteres morfológicos susceptibles de poner en evidencia. Entre dichos caracteres, unos son artificiales, tales como la forma y el volumen del cráneo y reposan sobre medidas que se han fijado arbitrariamente; otros caracteres, al contrario, como el color de la piel, la coloración y estructura de los cabellos, el ojo mongólico, el color de los ojos, la colocación de los maxilares, la forma de la nariz, son caracteres fijos, fácilmente evidenciables y de mayor importancia.

Desgraciadamente para la clasificación a menudo sólo se ha echado mano de un solo carácter. Primero se escogió el color de la piel únicamente; pero al caer en la cuenta que había que clasificar entre los negros a los absinios, galos y somalis, que son blancos en realidad, excepto por el color de la piel, se ha recurrido al aspecto de los cabellos y se llamaron *ulótricos* o de cabellos crespos; *cimótricos* o de cabellos indulados y finos y *leiótricos* o de cabellos gruesos y lisos. Esto representa un progreso sin duda, pero se sabe que ciertas razas secundarias no pueden ser clasificadas por este sistema, porque el aspecto de los cabellos es muy variable.

Más tarde se ha advertido que las razas llamadas inferiores tienen la cara prognata, la nariz aplastada, los cabellos lanudos y la piel negra; en tanto que el

ortognatismo, la nariz saliente, los cabellos ondulados y la piel blanca serían el patrimonio fisonómico de las razas superiores.

De ahí que los etnólogos más recientes opten, como los citados por el Profesor Posada, por agrupar varios caracteres. I. Guiart, por ejemplo, da a dichos grupos los nombres de: *Leucocroides*, *Melanocroides* y *Xantocroides*. El primer grupo comprendería los que tienen cabellos finos y ondulados, nariz recta y saliente y labios finos. Si la piel es generalmente blanca, puede pigmentarse y volverse morena como en los hindúes o negra del todo como en los abisinios. Esas razas se observan sobre todo en Europa, el África del Norte, en el Asia Occidental hasta la India y en América, entre los descendientes de europeos.

Reconócense las razas *Melanocroides* por sus cabellos crespos o ensortijados, la nariz aplanada, los labios gruesos y la piel generalmente negra, la cual puede volverse morena como entre los pigmeos, o francamente amarilla como en los *bosquimanos*. Constituyen dos grupos principales: el occidental que comprende los negros, negrillos y bosquimanos, y el oriental y oceánico que abarca los papúes de la Nueva Guinea y los negritos de Filipinas y la Malasia. Aquí están comprendidos los negros americanos descendientes de africanos.

Las razas *Xantocroides* están caracterizadas sobre todo por los cabellos gruesos, largos, lisos y negros y por su piel de fondo amarillento que puede volverse tan clara como la de los europeos o, al contrario, oscurecerse bajo la acción del sol hasta el punto de asemejarse a la de los negros.

En estas razas es donde se observa el *ojo mongólico* que se caracteriza por la hendidura palpebral estrecha, ligeramente redondeada hacia dentro o, al contrario, adelgazada hacia fuera; el iris y la conjuntiva son por consiguiente, poco visibles. En suma: el ojo oblicuo hacia

arriba y hacia fuera y embreado, constituye la característica de la *raza mongólica* propiamente dicha.

Pero si es fácil de apreciar la variedad de razas por estos caracteres que saltan a la vista, la dificultad es grande cuando tratamos de explicarnos las influencias del clima sobre dichas características.

Aquí surge el debatido asunto de la herencia de los caracteres adquiridos que tanto ha dado que hacer a la genética moderna. El mendelismo es cada día más rotundo en negar la herencia de los caracteres adquiridos que sólo han afectado las células *somáticas* y que, por consiguiente, han dejado en su integridad el equipo de cromosomas y genes de las células *germinativas*, únicos elementos que cuentan en la trasmisión de los caracteres hereditarios. Por consiguiente, hay que admitir que si las características raciales en la especie humana han aparecido merced a los influjos de los climas, forzoso es deducir que tales influjos han sido tan profundos y constantes en el decurso de milenios que la humanidad lleva de peregrinar sobre el planeta, que han cambiado las condiciones constitutivas de las células sexuales imprimiendo en ellas condiciones permanentes a través del tiempo y del espacio.

Pero si fuéramos a continuar analizando los diferentes problemas de geografía humana que esboza el Profesor Posada, necesitaríamos escribir otro libro y nuestro propósito, al escribir este comentario, no es otro que el de hacer ver la importancia de la publicación de la obra y el de encomiar la claridad con que ha puesto de relieve todas las cuestiones que se relacionan con el *ecúmene* y con las leyes que han influido la dispersión del hombre sobre la tierra.

Como en otra parte lo hemos dicho, esta obra es una síntesis admirable de los problemas más vitales del hombre y la naturaleza. Como Pierre Termier, el autor une a la justeza en las apreciaciones

científicas, la gracia en el decir y la fluidez en la forma expositiva. Asimismo, como el autor de *La Joie de Connaitre*, el Profesor Posada tiende a exaltar la cultura desinteresada, a glorificar la ciencia que es un reflejo de la sabiduría del Creador, y a demostrar que tratar de conocernos a nosotros mismos y la naturaleza que nos rodea es una de las razones primordiales de nuestra vida.

Felicitemos al Profesor Posada por este importante esfuerzo en beneficio de nuestra cultura; y a la Universidad Católica Bolivariana, por haber llevado a feliz término la publicación de una obra que, tanto por su contenido científico como por la corrección editorial, será siempre un timbre de orgullo de nuestro pueblo.

Medellín, mayo de 1941.

Emilio Robledo.

OS PRIMITIVOS PORTUGUESES 1450—1550

Reynaldo dos Santos. — Tipografía Nacional. Lisboa, 1940.

Durante muchos años la pintura portuguesa medioeval y renacentista ha sido un oscuro misterio. En los Estados Unidos jamás ha existido un Chandler Post que investigue tal cuestión. Algunos eruditos americanos, de paso para España o los puertos mediterráneos italianos, se detuvieron brevemente en Lisboa, visitaron el museo y contemplaron allí los memorables trípticos de Nuno Goncalves, los retablos de Francisco Henrique y Frei Carlos. En 1931, con motivo de la exposición portuguesa en el Jeu de Paume, pudieron verlos de nuevo en París. Recientemente unos pocos viajaron por Portugal y conocieron los museos de Évora, Oporto y Viseu. Entre ellos, Miss Georgiana Goddard King, de Bryan Mawr College, luego de recorrer dichos

lugares, años antes de su muerte, hizo algunas ligeras anotaciones sobre las impresiones de su jira, contenidas en manuscrito inédito. El profesor Post, como era de esperarse, estudió los pintores portugueses al principio de su carrera, pero nunca tuvo tiempo para escribir acerca de ellos. En sus cátedras de Harvard se ha ocupado frecuentemente de Nuno Goncalves, especulando respecto a su origen y maestría que, como en el caso de Antonello de Messina, son un verdadero secreto. Resultado efectivo ha sido el interés que ha logrado suscitar entre sus discípulos por el estudio de la escuela portuguesa de pintura. Para él, Nuno representa un brillante eslabón occidental en la gran cadena de pintores mediterráneos del siglo XV que florecieron en los puertos marítimos de Sicilia, Italia, Francia, España y Portugal. Este profesor fue a Lisboa en 1934 con el firme propósito de ver las pinturas existentes y publicar un libro relacionado con ellas; pero fue cautivado fácilmente por los atractivos del barroco. Años más tarde, J. B. Ford y G. S. Vickers, en inteligente cooperación, descubrieron puntos de contacto entre Nuno y Provenza, trataron de probar su teoría y publicaron con tal fin un artículo en "The Art Bulletin" (*The relation of Nuno Goncalves to the Pietá from Avignon*, XXI, March, 1939, pp 4-43), pero hasta allí llegaron las cosas.

Tampoco tenían los portugueses un historiador de su escuela nativa. José de Figueiredo, director del Museu de Arte Antiga, identificó en 1909 los famosos tableros de Nuno conocidos desde 1895 en un desierto corredor de iglesia, los trasladó a su museo después de ser reparados convenientemente y los publicó en un libro, (*O pintor Nuno Goncalves, Lisboa, 1910*). Consagrado a los deberes en el museo, continuó descubriendo nuevos cuadros que conservó en apartamentos cuidadosamente guardados sin preocuparse más de ellos. Vergilio Coreia, Profesor de la Universidad de Coimbra,

escribió un trabajo sobre algunas pinturas de Viseu y Lamego, difíciles de estudiar, (*Artistas em Lamego, Coimbra, 1924*). Luis Reis Santos, joven empleado de la Emisora Nacional de Lisboa, anduvo por el país fotografiando varios tableros primitivos en iglesias distantes, pero nunca publicó su voluminoso archivo. Hasta hace pocos meses no existía una relación extensa y clara de la pintura medioeval en Portugal. Apenas si eran de utilidad las series de nombres extractadas de los archivos de Lisboa por Francisco Marques de Sousa Viterbo, (*Noticia de alguns pintores portugueses e de outros que, sendo estrangeiros, exerceram a su arte em Portugal, Lisboa, 1903-1911, 3 vols.*); las anticuadas consideraciones de Emile Bertaux (André Michel: *Histoire de L'art*, Paris, 1911, vol. IV2, pp. 869-891), y Vergilio Correia (*Pintores portugueses dos séculos XV e XVI, Coimbra, 1928*), y los libros de fuente poco ilustrada de Francisco de Hollanda (*De la pintura antigua, 1548*, edición de Madrid 1921), Cyrillo Volkmar Machado (*Colleccaos de memorias relativas ás vidas dos pintores, e escultores, archétefos e gravadores portugueses, Lisboa, 1823*), José de Cunha Taborda (*Regras da arte da pintura, Coimbra, 1921*), y el Conde Atanazy Raczyński (*Les Artes en Portugal, Paris, 1846*).

Pero cuando José de Figueiredo falleció en 1937, vinieron nuevos acontecimientos. Su puesto como presidente de la Academia Nacional de Belas Artes fue ocupado por Reynaldo dos Santos, cirujano de Lisboa, cuyos méritos acababan de ser reconocidos por la Asociación Médica Americana. Dos Santos, que había auxiliado a Figueiredo en el descubrimiento de varios tapices portugueses dispersos hallados en Pastrana, España (1916) (*As tapeçarias da tomada de Arzila, Lisboa, 1925*), dió gran impulso a la moribunda academia e inició una nueva orientación de su Boletim, en el cual empezaron a aparecer formidables artícu-

los sobre el arte lusitano (1). Escribió una corta monografía en francés relacionada con los problemas de la cultura portuguesa (*L'art portugais*, París, 1938), que fue lo mejor conocido hasta la fecha, y obtuvo fondos del gobierno para que la Academia inaugurase un programa de estudios sobre el arte portugués. Este programa tenía dos aspectos importantes. El primero sugería el establecimiento en la Academia de un archivo fotográfico, el Inventario artístico de Portugal (2). Los académicos fueron enviados con fotógrafos para documentarse y registrar los monumentos artísticos de cada distrito portugués. Hasta el presente se ha realizado una gran labor y acopiado un acervo de material comparable con el de los mejores archivos fotográficos de Europa. El mismo se propuso llevar a cabo el segundo objetivo — con tal fin, emprendió una investigación de dos años encaminada a coleccionar toda clase de pinturas primitivas, que serían presentadas luego a la exposición de Lisboa, recientemente celebrada con motivo del octogentésimo aniversario de la Independencia portuguesa. Con el apoyo del Ministro de Educación se trajeron unos 600 cuadros, de los cuales se seleccionaron 340 que fueron restaurados satisfactoriamente por los reparadores de la Academia, Antonio Mardel y Ortegao Burnay, y colocados en exposición después de preparar un nuevo edificio para tal fin. Estos fueron estudiados cuidadosamente por Reynaldo dos Santos y publicados en un admirable catálogo de la exposición. El libro, *Os primitivos portugueses 1450-*

1550 (Lisboa, Tipografía Nacional, 1940), una publicación en folio de 57 páginas con texto en francés y portugués, y 143 grabados, cinco de ellos en colores, es la guía precisa, por largo tiempo esperada, para el conocimiento de la pintura portuguesa.

Escribe el autor sobre la época caracterizada por la civilización y poderío portugueses, que se extendió desde 1450, cuando principiaron las hazañas del Príncipe Enrique el Navegante, hasta 1550, ya en el último periodo del reinado de Dom Joao III. Considera acertadamente los comienzos de la pintura portuguesa como cosa aparte de la gran escuela — un corto lapso de intensa imitación italiana a principios del siglo XV, mejor observada en la obra del Alvaro Pires de Evora, que en Italia se convirtió en un sienés menor. No califica el retrato de Dom Joao I en Viena, que ha sido objeto de controversia, y continúa hablando sobre el primero de los cuatro ciclos que distingue dentro del periodo — la era de Dom Alfonso V (1450-1481).

Aquí, evidentemente, la personalidad dominante es la de Nuno Goncalves mismo. Se esperaba, por tanto, que Dos Santos aportase nuevos datos, mediante los cuales se pudiera descubrir la trayectoria artística de este pintor, conductor de una escuela que surgió ya en completa formación. Pero parece que transcurrirá mucho tiempo antes de que tal cuestión se aclare. Nuestra desilusión desaparece, sin embargo, cuando hallamos el nuevo orden que el autor propone para los Tableros de San Vicente. Esta obra maestra de Nuno está compuesta de 6 partes — dos tableros centrales, cada uno con la figura de San Vicerete de Lisboa; el uno representa al Rey y personalidades reales agrupadas alrededor del Santo; el otro al Arzobispo, clérigos y nobles de armas. Los laterales contienen los retratos de una cantidad de personajes de Lisboa del siglo XV, mercaderes, monjes, pescadores y judíos. Se creía, en un principio, que estos tableros formaban dos tripticos;

(1) Seis ediciones del "*Boletim da Academia Nacional de Belas Artes*", han aparecido desde su iniciación en 1932, cinco de ellas desde 1938.

(2) La última edición del *Boletim* (Nº. VI, 1940), es dedicada a varios aspectos de este importante Inventario Artístico de Portugal.

pero Dos Santos los considera como un retablo con los dos tableros centrales, uno al lado del otro, y los otros cuatro en las extremidades. Esto se hizo en parte, por la convicción de que si todas las figuras estaban reunidas en un solo acto de devoción, los tableros deberían constituir una unidad, y, parcialmente, también, por la fuerza de ciertas investigaciones nuevas sobre la perspectiva de las losas del pavimento, en el cuadro ejecutado por el artista Almada Negreiros. Queda, sin embargo, el gran problema de las dos figuras de San Vicente, una al lado de la otra. Los que opinan que los tableros componen un retablo, tal como acaba de hacerlo este tratadista en Lisboa, se inclinarán a pensar que, con razón o sin ella, Dos Santos ha logrado producir un poderoso efecto de concentrada riqueza.

Al analizar el estilo de Nuno, el autor hace resaltar la originalidad de su composición. Hay en él un elemento de arcaico; pues, aun cuando en el uso de la técnica del óleo, el artista está de acuerdo con su época, todavía amontona figuras unas sobre otras en los enormes mosaicos jerárquicos del esquema medioeval del fondo. Nuno practica su arte independientemente de las normas contemporáneas flamencas o italianas. Los retratos individuales, calificados como lo mejor de sus cuadros, pueden verse de ordinario, en ilustraciones detalladas de toda la página. Es una lástima que el retrato del Príncipe Enrique el Navegante, a que hace referencia el manuscrito de Asurara de la Biblioteca Nacional, y las figuras de las tapicerías de Pastrana, no aparezcan en ningún grabado de este libro. Las maravillosas obras de los imitadores de Nuno están bien presentadas y es con verdadero placer como se encuentra el retrato de la Princesa D. Joana, por Aveiro, atribuido a este grupo de la escuela.

El segundo ciclo correspondiente al reinado de Dom Joao II (1481-1495), es mucho menos brillante. Dos Santos ex-

plica este hecho como resultado de la preocupación de la Corte por los primeros viajes de descubrimiento y las economías hechas con tal fin. A este periodo pertenecen, según el autor, el tríptico hispano-flamenco del maestro de Santa Clara y una virgen entronizada muy interesante pero poco conocida de la colección del Espirito Santo.

Con el reinado de Dom Manoel (1496-1521), se iniciaron nuevas actividades importantes. Fue la época de edificar en el nuevo estilo manuelino, verdaderamente fantástico, y en que las grandes riquezas, fruto de los descubrimientos, distribuidas por doquier, permitieron el incremento de centros provinciales de pintura. Fue, en fin, el periodo de la influencia flamenca, producida por la importación de retablos de Flandes y la venida de pintores flamencos, tales como Francisco Henriques, cuyo retablo de Evora había reconstruido Dos Santos anteriormente (*O pintor Francisco Henriques*, Boletim da Academia Nacional de Belas Artes, IV, 1938, pp. 5-39), y Frei Carlos, cuyo estilo moderado es estudiado brillantemente aquí por primera vez. El autor analiza el influjo de este movimiento sobre los portugueses, quienes, no obstante, conservan un sorprendente grado de originalidad; mucho más que sus contemporáneos españoles. Dalmau, Bermejo y Gallego. Presenta la personalidad del maestro de Sardoal (Joao Couto, *Pinturas quietistas do Sardoal*, "Boletim da Academia Nacional de Belas Artes", V, 1939, pp. 39-44), cuyas iniciales M. N., tienen relación, según Reis Santos, con el pintor Miguel Nunes. Habla del maestro de la Charola del Tomar y del taller, en Lisboa, de Jorge Alfonso. Finalmente estudia la influencia flamenca en el norte, cristalizada en la obra de Vasco Fernandes y Gaspar Vaz, llena de graves problemas, la mayoría de los cuales son resueltos satisfactoriamente por Dos Santos.

Para el autor, el último periodo, que difícilmente coincide con el reinado de

Dom Joao III (1522-1557), es el más absorbente. Está dominado por la gran figura de Cristóvão de Figueiredo, quien, a la luz de la alborada renacentista, pintó retratos dignos de Nuno y escenas de avasalladora expresión. Es el período del prolífico Gregorio Lopes, que con el maestro de Santa Aua, es una especie de Lucas Cranach latino, inspirado siempre en bellezas de la corte para la composición de sus retablos. Dos Santos publica aquí el cuadro de los barcos de Greenwich, poco conocido, ejecutado por el último. Los maestros menores de Santiago (Palmela), Setubal y S. Bento, cultivan el arte decorativo y muestran cierta tendencia hacia el paisaje veneciano nunca visto en España. El alto renacimiento está representado por García Fernández, el maestro amanerado de Abrantes y el maestro de San Quintino, que participa de Andrea del Sarto y Pierino del Vaga. Una última sorpresa es el Juicio Final del monogramista V. A. (Manuel André?), una obra de la mayor complicación y finura. El libro termina con algunos retratos muy conocidos y bellos del Museo de Lisboa.

Para concluir, el autor compara la escuela portuguesa con la de España. Según él, la portuguesa ostenta un dibujo más preciso, una sensibilidad más exquisita de la forma, un color más rico y un claroscuro menos efectivo. Hay una sola nota lírica en sus paisajes (influencia tal vez de la gran escuela pastoral del verso portugués que se desarrollaba en este tiempo?), y un sentimiento marítimo en muchos de los fondos de sus cuadros, reflejo de la gran edad contemporánea de los descubrimientos. Finalmente posee, en sí, todo un sentimiento de dulzura. Ambas escuelas tienen tendencia hacia la monumentalidad, lo cual distingue sus obras de los modelos flamencos.

Bien valía la pena de esperar este libro. El autor ha abierto el campo para que una gran abundancia de perspectivas se vislumbren. Una obra tal debe sugerir innumerables investigaciones detalla-

das, especialmente en lo referente a las relaciones mutuas entre las dos escuelas peninsulares y su conexión con lo que sucedía fuera de España y Portugal. Su único defecto es el título modesto. De un modo general los trabajos estudiados aquí están lejos de ser primitivos. Con la posible excepción de algunos de los imitadores de Nuno Goncalves, los hombres que trabajaron en Portugal de 1450 a 1550, fueron tan mal entendidos como sus colegas en el resto de Europa.

Robert C. Smith.

OBSERVACIONES SOBRE EL
CLIMA DE LIMA
*y su influencia sobre los seres organizados,
en especial el hombre.*

Por *Hipólito Unanue*. Introducción y comentarios por el Dr. D. Enrique Paz Soldán. Lima, 1940. Com. Nal. Peruana de Coop. Intelect.

Las escasas y superficiales relaciones culturales que existen entre los países iberoamericanos, explican el desconocimiento casi completo — fuera de su propia patria — de las personalidades que van sobresaliendo en el avance de las ciencias en nuestro continente. Es de suponer que en el Perú, por ejemplo, pocos sabrán quién fue nuestro sabio Caldas, y estamos seguros de que en Colombia se ignora casi por completo que en la patria de los Incas vivió por la misma época en que nuestro naturalista se descubría por darnos personalidad espiritual y material, un médico y sociólogo eminente, el Dr. José Hipólito Unanue, de ascendencia vizcaína.

Nació Unanue en Arica el 13 de agosto de 1755 y murió el 15 de julio de 1833. En su larga y meritoria vida pudo desarrollar más extensamente, un programa en muchos aspectos semejante

al que abordó Caldas en 45 años de existencia (1770—1816). Naturalistas, físicos, sociólogos y patriotas ambos, son glorias impercederas de la cultura iberoamericana en sus albores. La Memoria de Unanue sobre *El Clima de Lima*, impresa por vez primera en 1806, presenta muchos puntos de contacto con la que escribió Caldas en 1808, titulada *El influjo del clima sobre los seres organizados*.

Unanue, considerado por sus compatriotas como el *padre de la medicina peruana*, contribuyó destacadamente a crear un ambiente médico-social en la vida del Estado, al lado de San Martín, de Bolívar y de Pando, ambiente que concretó él en un célebre *Código de Sanidad*, promulgado en 1821 y vigente todavía, con pocas variaciones. Desde antes de la Independencia fundó el ya famoso Anfiteatro Anatómico de la Escuela de Medicina de Lima. Vajó por el Exterior, en donde adquirió la amistad y estimación de sabios eminentes en su tiempo y fue nombrado miembro de varias Academias Científicas.

"*El Clima de Lima*" es, sin lugar a duda, una obra clásica, desarrollada según un plan rigurosamente lógico y comprensivo, adaptable en nuestros tiempos para trabajos semejantes, con leves retoques.

En la primera sección — *Historia del clima de Lima* — se analizan los siguientes temas: Situación de Lima. Estructura y calidad de su suelo. Naturaleza de sus aguas. La atmósfera de Lima, su temple, y variaciones. Influencias del sol, y estaciones del año. Influencias de la luna. Influencia de los eclipses. Meteoros. Vientos. Las lluvias, el trueno, y el rayo. Temblores. Tablas meteorológicas.

La segunda sección, titulada, *Influencias del clima*, comprende: Influencias en la vegetación. Influencias sobre los animales. Influencias en la constitución del cuerpo humano. Influencias en el ingenio. Tablas de las diversas castas de Lima, sus propiedades y colores.

Influencias del clima en las enfermedades lleva por título la tercera sección, la cual está subdividida de la siguiente manera: Enfermedades del cuerpo. Enfermedades del ánimo. Medios de precaverse de las enfermedades. Precauciones en los niños. Precauciones en las demás edades. Alimentos. Bebidas. Sueño y vigilia. Gimnástica. El vestido. Ejercicios corporales. Ejercicios mentales.

En la sección cuarta, que lleva por título, *De los medios de curar las enfermedades del clima*, se tratan dos temas: la *dieta* y los *remedios*, subdivididos como sigue: De la autocracia o poder de la Naturaleza en la curación de las enfermedades. Del uso del aire en las enfermedades. Del uso de los alimentos. De las bebidas y baños. De la Gimnástica. Del poder del arte médica en la curación de las enfermedades, atendiendo: a la enfermedad radical del país; al carácter de la fiebre, que la acompaña; a sus metamorfosis; a sus indicaciones; a sus remedios.

Finalmente, en la sección quinta — *Constitución médica de Lima en el año de 1799* — se consideran los siguientes puntos: Constitución del Estío y sus enfermedades: fiebres eruptivas, catarros; asma; tos convulsiva; cólera-morbo. Constitución del Otoño. Enfermedades: fiebres intermitentes. Viruelas. Paperas. Tos con carraspera. Constitución del Invierno. Enfermedades: Exánemas miliares (sic). Escarlata. Disenteria. Vicho. Dolores al costado. Malpartos. Constitución de la Primavera. Enfermedades: Perineumonias. Disuria. Sarna. Conclusión.

La variedad de estos temas, que abarcan buen número de los conocimientos humanos en ramas de la Ciencia muy distanciadas entre sí, podría predisponer al lector para esperar un desarrollo de ellos, insustancial, incompleto o falto de la rigidez técnica que les corresponde. Sin poder desconocer que en los 130 años que van corridos entre la aparición de esta bella y genial Monografía, y

nuestros días, no pocos de los conceptos estampados por el autor han sido ahondados, y en muchos casos rectificadas, queda la impresión de que Unanue unía a su saber e inteligencia, un amplio y notable espíritu de observación, de análisis de las cosas y de crítica. Hay cuestiones abstractas tratadas por él y descripciones de los fenómenos de la naturaleza que causan admiración. La influencia del clima, del ambiente natural, sobre la especie humana, y también sobre los demás seres organizados, fue una de las más constantes preocupaciones de este avanzado hijo de Esculapio — honra preclara de la tierra de Pizarro — a juzgar por el libro que comentamos, que no es otra cosa que la *Geografía Humana* de la ciudad de Lima.

Abril de 1941.

Juan de la C. Posada.

CIENT AÑOS DE LITERATURA PERUANA

Por *José Jiménez Borja*. Club del Libro Peruano.

Aún persiste en estos claustros bolivarianos el recuerdo de una eminente conferencia que dictó hace años y sobre temas de literatura peruana, el doctor Jiménez Borja. Ahora hemos releído con especial deleite su ensayo sobre letras peruanas, que en buena parte publicó en una de las pasadas entregas de esta revista y que hoy, ampliado en época y dimensiones, incluye en la primera parte de su obra, correspondiente a la tercera publicación del Club del Libro Peruano.

“Cien años de literatura peruana” es un ensayo panorámico de la intelectualidad en el Perú en un siglo completo de intensa y extensa producción. No se ha dado una visión más completa y e-

xacta de la historia literaria de la hermana nación, ni dentro de un menor espacio se ha logrado un ámbito más denso de crítica. Nosotros hemos conocido la producción peruana a través de la obra de Luis Alberto Sánchez, que en ninguna manera es la más acertada para apreciar y medir su valía; su posición notoriamente parcial, ubicada en una áspera zona de interpretaciones marxistas, tocada de intenciones clasistas y de apegos partidistas que a veces llegan a lo simplemente sectario, le hacen perder mucho de la eficacia y rectitud que por otra parte pudiera ganar, dada la inteligencia y preparación del autor. Ahora nos llega este ensayo de Jiménez Borja, que si carece de lo monumental de la obra de Sánchez, compensa con la certeza, imparcialidad y severidad de sus conceptos. Es una síntesis magnífica de la historia literaria peruana, hecha con amor, con serena meditación y con indiscutible acierto. Desde las páginas salerosas y sencillas de los costumbristas de la primera mitad del siglo pasado, hasta los modernos y audaces escritores y periodistas de ahora, va una brillante estela de intelectuales peruanos, sin soluciones de continuidad; encuadrados en escuelas diversas, sujetos a estilos diversos, con ideologías dispares y sentimientos opuestos. Jiménez Borja la va siguiendo con sagacidad de buen crítico y certeza de buen conocedor de toda la literatura de su patria. Amante como ninguno de su nación, fervoroso de la peruanidad, cree el mejor servicio para ella, divulgar sus auténticos representantes en el mundo intelectual, sin acritudes de político, ni malevolencias sectarias. Con estos “Cien años de literatura peruana”, ha hecho él un compendio de grande utilidad para el conocimiento de la vida de letras en su nación, cooperando invaluablemente al mutuo conocimiento de nuestras gentes hispanoamericanas, tan absurdamente ignoradas entre sí. Nuestras nacionalidades, pese al común origen, historia y fac-

tores étnicos, saben más de la vida intelectual europea que de las corrientes literarias de nuestra América. Son más familiares para los cenáculos hispanoamericanos de letras los nombres de los autores de ultramar, que los valores representativos de nuestro mundo cultural. Obras como la que glosamos, salvan en mucho este perseverado defecto de nuestros escritores. Completan la obra de Jiménez Borja densos ensayos sobre Juan de Arona, Felipe Pardo, Manuel Atanasio Fuente, y Luis Benjamín Cisneros. Estos escritores peruanos de otras épocas, adquieren en la interpretación crítica de Jiménez Borja, su exacta medida de maestros de generaciones y creadores de género literario.

El afecto que guardamos en este claustro universitario para Jiménez Borja, se relleva ahora con el noble envío de su obra y esta revista, que se ha honrado con su severa y rotunda prosa, recomendada a los cultores de la historia cultural la lectura de "Cien años de literatura peruana".

Gabriel Henao Mejía.

LA POLÍTICA Y EL ESPIRITU

Por *Eduardo Frei Montalva*.—Prólogo de Gabriela Mistral. *Ediciones Ercilla*. — Santiago de Chile, 1940.

Tema fundamentalmente sugestivo, de una trascendencia básica en todos los tiempos y para todos los espacios y especialmente en este momento agrio, augural, que vive el mundo, es este de la política. Ya ella no es simplemente el arte de gobernar a los pueblos como trivialmente lo han venido enseñando desde hace mucho los teorizantes de nacionalidades. Formas más complejas de inter-relación y más agudas categorías culturales y económicas han intrincado manifiestamente la organización política de

los estados y fuerzas espirituales y sociales de imperiosa vitalidad han incidido necesariamente en esta hora, volcando conceptos y premisas, tenidos hasta ayer por permanentes. La vigencia de muchos sistemas, lograda tras intensas luchas, aparece deleznable y se convulsiona mortalmente en medio del caos de hoy, a primera vista destructor, rabiosamente iconoclasta, pero en suma cargado de ímpetu creador, pleno de virtudes organizadoras. "La política tiene hoy un sentido vital, pues importa una concepción del hombre y su destino; el estado es la expresión de una ideología y según ella se organiza la sociedad", confirma Frei Montalva.

Frente a esta nueva concepción política, ¿cuál debe ser la posición de las naciones hispanoamericanas? He ahí la cuestión fundamental y el fin principal de la obra que glosamos, que aunque trata de encontrar una solución localizada para Chile, es valedera en último término para todos nuestros países, dada la identidad étnica de sus pueblos y su afinidad histórica y social.

Aunque el autor y la prologuista lo lamenten encendidamente, nosotros hemos sido y seguiremos siendo un repercutidero fiel de las corrientes ideológicas europeas. Imposible romper ese vínculo impuesto a nosotros ancestralmente como una categoría de nuestra mentalidad. Lo acertado no es romper lazos y lanzas con el continente viejo y sus maneras espirituales, sino encontrar acertadamente la acomodación en nuestro medio, de las doctrinas ultramarinas; es un problema de aclimatación y de adaptación, no de simple importación, el que se debe acometer. Esto pudiera parecer tonta resignación, sometimiento mayúsculo y reconocimiento claro de nuestra incapacidad creadora; pero es apenas aceptación fatal de que pertenecemos a un mundo de valores estrechamente intervencionales, a cuya influencia no podemos escapar so peligro de regresar a etapas bárbaras; en este tiempo crucial, y por ello cósmico,

el aislamiento sería apenas regresión y el rechazo al pensamiento europeo, no implicaría más que un olvido craso de leyes universales a las cuales estamos determinados y cuyas sujeciones debemos acatar. Insistimos, pues, en la necesaria adaptación de las doctrinas europeas a nuestra vida nacional, sobre bases, eso sí, hispanoamericanas y católicas, lo que toca en algún punto con la hispanidad, un concepto de imperio espiritual que posee virtudes ingentes para nuestra cultura y nuestra vida. Y Frei Montalva, creemos adivinarlo implícitamente en su denso estudio, está acorde con nosotros, aunque parezca desconocer el concepto de la hispanidad como supremo valor de nuestras nacionalidades. Sus conclusiones de tipo corporativo gozan de actualidad y eficacia, aunque tengamos fe en transformaciones más radicales, de más robusta verticalidad.

Quizá la afición mariteniana, no disimulada, de Frei Montalva, explique nuestras disenciones con su obra, pues no hemos juzgado acertadas desde nuestro ángulo hispanista las definiciones y posiciones meramente políticas del mismo filósofo francés.

La juventud de este chileno insigne, cuya obra comentamos, bastaría para acreditarlo como idóneo para tratar estos temas de la política moderna, que desde su raíz rompen ataduras partidistas y prejuicios particulares. Pero hay que agregar su preparación y desvelo por estas cosas. Su obra así lo revela: "Este libro, bajo una aparente serenidad, es un trabajo de angustia, pues en un mundo que hierve, no se puede permanecer tranquilo", dice en las páginas liminares. Gabriela Mistral, intelectual chilena de alto prestigio, prologa la edición con acierto y es un magnífico guía para adentrarnos en el ánimo estudiosa de Frei Montalva.

Las juventudes americanas que creen con él y con nosotros que "se vive el fin de un mundo y se tiene el privilegio de

asistir a un amanecer de la historia", deben leer esta obra, plena de estilo, de acción y de coraje.

Gabriel Henao Mejía.

LA IMITACION DE GOETHE

Por *Silvio Villegas*. Ediciones Librería Siglo XX. Bogotá, 1940.

Uno de los libros más sonados en la crítica nacional fue *La Imitación de Goethe*, escrito por Silvio Villegas, joven político militante de las derechas colombianas. Tal vez es excesivo el título de esta obra, que sugiere momentáneamente la impresión de un viaje submarino a través de una de las mentes más excelsas que se agitaron sobre la tierra. Alguna exposición sistemática del mundo intelectual que recorrió el autor de "Los años de aprendizaje de Guillermo Meister", con su volubilidad alejandrina, su desapego por las fórmulas y el anhelo vital que movió orgiásticamente los apetitos de su inteligencia. Pero el doctor Villegas es un político con una inteligencia puesta al servicio de esa noble actividad humana, y no un hombre apegado al sistema del intelectual puro que maneja exclusivamente los valores mentales.

La Imitación de Goethe responde a cierta vocación literaria que el doctor Villegas ha cultivado con maravilloso éxito en uno de los territorios nacionales más fértiles en disciplinas periodísticas. Es una compilación de ensayos escritos con la agilidad de quien es actualmente el periodista más brillante del país. Quizás él ha querido sugerir con ese nombre más que una exposición erudita del pensador germano, el clima mental que le creó para desenvolver en él todas sus travesías literarias en varios años compendiados en volumen. La euforia de su tierra se ha desplegado vigorosamente

en la inteligencia de este escritor en forma tan telúrica y paisajista, que lo convirtió en pocos años en el guión oratorio y diario de las juventudes que viven bajo su patrocinio. Visitar a Manizales es darse cuenta de este fenómeno, porque allí escasos jóvenes han permanecido en la zona neutral, y en el vocabulario que estilan, en la oratoria y hasta en el movimiento de sus manos todos imitan a este gallardo exponente de las letras nacionales. Silvio Villegas ha vivido su existencia consagrado a la lujuria de los libros, en forma que se ha convertido en un discípulo de los Tolomeos, alternando la diaria acción multitudinaria con la crítica literaria y haciendo sucesivas evasiones para ofrecer su obra pura sin alineaciones ideológicas. Así se explica el admirable plebiscito nacional que se promovió en torno a esta obra, porque desde todos los puntos cardinales de la política subió un eco de alabanzas destinadas a glorificar a un militante que es capaz de evadirse así de su miraje para dar algo fresco y fácil, sin complicaciones de sistema.

Dentro de este núcleo vital es preciso analizar la obra que tomó el nombre del más sereno de los europeos, un griego súbdito de Pericles extraviado en la agria estirpe occidental.

No se trata propiamente de una interpretación en torno al más grande de los genios helénicos nacidos en Alemania, en esta sonada obra que ha agotado la crítica colombiana. Silvio Villegas no es, por otra parte, un hombre de análisis, sino un hombre de grandes síntesis. Al tomar esta obra podría creerse que se ventila en ella un método al estilo de aquel con que Tomás de Kempis adoctrinara a los hombres en la imitación de Jesucristo. Después de repararla puede pensarse más benévolamente que es la influencia del titánico pensador a través de los escritos y las actividades políticas del autor. Porque Silvio Villegas es por sobre todo un escritor que ha conquistado el primer pue-

to en el periodismo nacional. Sus artículos tienen aquella exuberancia telúrica de la comarca y por manera tan excepcional ha influido en las gentes de su tierra, que visitar a Caldas es encontrar en los vocablos y en los ademanes de todos sus jóvenes la euforia intelectual de quien se ha colocado como el rector de sus juventudes.

Empero, hay en Villegas un noble temperamento alejandrino que le permite acercarse al "témpano que incubaba fuego" por la zona del escepticismo elegante que en aquél es la prisa del trópico fecundando vegetalmente muchas provincias de la inteligencia, y en éste, el germano, disciplina áspera para enfrenar la más formidable imaginación que se agitó en el tuétano de Europa, por donde anduvo como un griego extraviado adoctrinando a los hombres otra vez en las fórmulas del equilibrio y la templanza.

Quien pensó que se trataba de algo así como un buceo en torno a "Los años de aprendizaje de Guillermo Meister", sufrió una decepción sólo compensada por la magnífica compilación de diversos estudios con que Villegas ha enriquecido la literatura colombiana. Entre éstos sobresalen con relieve casi topográfico el que está dedicado efectivamente a Goethe, "espejo del universo", en donde la capacidad crítica del escritor manizalita alcanza sus índices más cimeros de elaboración.

"La familia Brontë" es una de las semblanzas más logradas de esta obra. Para llegar a la autora de "Cumbres Borrascosas", cuyo estilo "de musicalidad infinita recuerda el dulce tañido de las campanas de Haworth, semejante a la Barskietcheff muerta de tisis y de genio". Qué bello resulta entonces aquel parangón con las obras cerebrales de aquellos que pasteurizan la vida haciéndola cruzar todos los filtros de la inteligencia, con las de aquellos otros que la recogen en bruto y la transportan temblando todavía para refugio de las generaciones.

Son esas las obras, al decir de Villegas, "que no pertenecen a la literatura sino a la vida".

Estos dos estudios justificarían, si no enteramente el título, al menos la loa unánime que suscitó este libro en la crítica nacional. Como inéditos son estos dos los que sobresalen, porque hay un estudio sobre Tomás Calderón que tiene todo el linaje de las páginas de antología. Es un estudio para leer a la sombra de aquellos viejos árboles familiares, a la orilla del río tormentoso donde Anías Trujillo y Tomás Calderón interpretaron las congojas y las victorias de la raza.

De todas maneras alhaga ver cómo en medio de la tormentosa existencia de estos días, entre el fragor de una civilización que se derrumba, hay hombres como Silvio Villegas, que sin ser un espectador hierático sino más bien un militante, es capaz de sustraerse al estruendo para regalarnos estas páginas tan unciosas y tan llenas de nobles sugerencias intelectuales.

Abel Naranjo Villegas.

CURSILLO DE CRIMINOLOGIA Y DERECHO PENAL

Profesado en la Universidad de Santo Domingo, de abril a junio de 1940.—Por *Constancio Bernaldo de Quirós*.

La dicción fácil del maestro de Quirós desenvuelve ampliamente, en evintiuna conferencias, el extenso tema de la Criminología y el Derecho Penal —el sabio criminólogo español se esfuerza para que no se confundan estos dos significados—sin que en la cinta de su exposición se noten las lagunas y vacíos causados por ignorancia de las más recientes ciencias e invenciones que prestan al conocimiento jurídico penal la segura ayuda de valiosos auxiliares.

Claro es que en una conferencia de apenas cincuenta minutos de duración y ante un público heterogéneo en el que su grueso ignora profundamente la materia, el conferencista no podía hacer uso de un lenguaje demasiado técnico ni suponer conocidos ciertos principios para fundar sobre ellos la construcción de sus disertaciones.

En una agradable sucesión kaleidoscópica se va observando todo el proceso de la Criminología, desde sus oscuros orígenes nigrománticos hasta las más recientes conclusiones de las escuelas psicoanalíticas.

Se escorzan magistralmente los perfiles fuertes de los tres reyes magos del positivismo penal y se hace una delimitación precisa de esta escuela, sin olvidar nombres europeos y americanos de reciente promoción. Terminada esta primera serie, que forma lo que pudiera llamarse el contorno de la exposición, se ingresa en el estudio de las leyes que rigen la aparición del delito. La estática o la distribución geográfica, etnográfica y demográfica de la delincuencia, y la dinámica, —mejor, la cinemática— o el movimiento de la criminalidad en los ciclos de periodicidad regulada en las situaciones atípicas o de regularidad desconocida. Con todo esto se ha precisado más y ya aparece clara la figura central; con ligeros trazos y algunos retoques nos encontramos frente a la silueta del criminal que, sometido a un examen radioscópico, nos enseña las más aceptadas clasificaciones hechas a su alrededor.

Así queda expuesta la parte que se refiere a la Criminología. Se salta luego, en otra sucesión de visiones someras, a contemplar la perspectiva del Derecho penal. Y, finalmente, las últimas conferencias engloban los sistemas de identificación criminal y de policía científica, dando remate con una erudita digresión sobre los folklores de la penalidad y de la delincuencia.

Aunque en las jornadas dedicadas al Derecho penal el expositor no entra a contemplar las diferencias existentes entre éste y la Criminología, puede captarse fácilmente que el primero no es otra cosa que una parte de la segunda; la rama que estudia el desenvolvimiento y la aplicación de la pena. Quizás no se haya efectuado todavía una verdadera división entre estas dos materias y se tomen, así, por sinónimos, pero el empeño del autor nos convence de que sigue por la misma ruta de la Unión Internacional de Derecho Penal fundada por von Liszt.

Sin duda alguna los capítulos más interesantes de este cursillo, son: el que se refiere a la clasificación de los delitos, y aquel donde se estudian las diferentes categorías de asociaciones para delinquir. Hasta el presente, las catalogaciones que se habían imaginado, partían desde el punto de vista del delito. "Las clasificaciones jurídicas de los delitos comunes y hasta diríamos de las demás clases de delitos, se fundan en el orden de principios jurídicos a que afectan. Se podría decir que en ellas se atiende, sobre todo, al blanco donde va a clavarse la saeta disparada por el sagitario criminal. . . .". Y aún la más original, ideada por Garofalo, no contempla otro punto de vista. Por eso es aceptable la división establecida por el profesor español, que abandona las vertientes de los derechos o sentimientos del paciente, para pasar a contemplar los campos del agente, los móviles que llevan a éste a la transgresión.

Situados en este lugar se hace una tripartición en delitos de codicia, delitos de lascivia y delitos de odio. Sin esfuerzo puede comprenderse lo que cada una de estas categorías abarca, y si tenemos en cuenta las funciones biológicas del hombre: reproducción, relación y nutrición, vemos que cada uno de aquellos delitos atenta contra una determinada función biológica. Los delitos por odio afectan el ejercicio de las funciones de

relación; los atentados por codicia implican la facultad de nutrición, y quedan los delitos por lascivia para violar funciones de reproducción.

Esta clasificación, por lo que hace relación a los delitos comunes, pero aun considerados los delitos sociales y los políticos, se ve—a poco que se profundice—que afectan funciones de relación. Además, hecha la analogía entre las divisiones biológica y criminológica, se dominan tanto los derechos del paciente como las causas que mueven al agente. La clasificación puede ser bastante materialista, pero es la que más se presta a fáciles subdivisiones. Desde ella puede satisfacerse la vista por toda la geografía del delito, sin encontrar los frecuentes obstáculos de inconvenientes particiones.

El otro aspecto original aparece al tratarse de la asociación en el delito. En este capítulo se parte de la pareja delincuente para terminar en la muchedumbre delincuente y en el delito corporativo. Se hace un estudio superficial pero suficiente sobre la pareja, que divide en homoesexual y heterosexual, según que esté compuesta de elementos del mismo o de diverso sexo, y en erótica o no erótica, según las relaciones afectivas que existan entre los factores.

A la pareja sigue, en orden cuantitativo, la cuadrilla, asociación ésta demasiado conocida, para entrar a detallarla. Vienen luego las sectas, esas agrupaciones religiosas de adeptos fanáticos que se valen del crimen para imponer sus creencias o para eliminar a sus enemigos. De la muchedumbre delincuente existen demasiados ejemplos en la historia, suficientes para constituir una visión clara. Por último, el delito corporativo es un poco más difícil de comprender, porque no alcanza a diferenciarse precisamente de la muchedumbre delincuente ni la historia parece pródiga en modelos; quizás el único caso sea el de Fuenteovejuna.

Naturalmente que, como en toda obra, hay ideas con las cuales no es corriente estar de acuerdo, pues la mente del lec-

tor asume una actitud de pugna ante ciertas proposiciones que no están en armonía con su manera íntima. En este cursillo de don Bernaldo de Quirós—que no es otra cosa que un resumen del curso que más en extenso dictaba en el Instituto de Estudios Penales de Madrid—sucede, en algunos casos, este fenómeno. El extraer algunos delitos como el infanticidio y la suplantación de estado civil, de la clasificación que él mismo había hecho, por parecerle que no encajaban dentro de ninguno de esos tres estamentos; el negar que existen algunas enajenaciones ingénitas, fundamentándose en que sólo se puede perder lo que se tiene, pueden servir de leve muestra.

Así como éstos, hay otros varios puntos diseminados, que se escapan de la memoria, y a los cuales es menester oponer ciertos reparos. Pero en las pocas líneas de un comentario bibliográfico no puede intentarse una crítica a algunas ideas personales que, por otra parte, el autor no se ha cuidado mucho de fundamentar en el curso de sus conferencias.

Luis López Gómez.

ESTUDIOS LATINOS

Por José Tarnassi. Publicación de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires. 1939.

Fue don José Tarnassi uno de los principales latinistas del último siglo. Originario de Arpino, en Italia, pasó desde su juventud a residir a Buenos Aires. Allí transcurrió su vida entregada al magisterio; allí publicó la totalidad de su obra, y allí contribuyó a fundar la Facultad de Filosofía y Letras. Murió en 1906. Su labor de erudito mereció el aplauso inapelable de Menéndez y Pelayo. Hoy el instituto que contribuyó a fundar reúne en estos dos volúmenes de

Estudios latinos la obra completa del maestro.

El primer volumen contiene su ensayo sobre *Los poetas del siglo VI de Roma*. O sea el estudio sobre la época primitiva de las letras latinas. La cultura latina presentó siempre el sello del carácter esencialmente práctico de su pueblo. El contraste es rudo con su vecina Grecia. Roma sólo ofrece una creación original en el campo del derecho. Pero la filosofía y las artes florecen tardíamente, bajo el influjo helénico, y la imitación de los modelos es palpable en los diferentes autores.

La fundación de Roma se sitúa por los historiadores hacia el año 750 A. de C. Sólo cinco siglos más tarde (240 A. de C.) puede decirse que surgen las letras latinas con la traducción de la *Odisea* verificada por el esclavo griego Livio Andrónico. Y ese magisterio de Grecia continuará ejerciéndose hasta el fin de la literatura pagana.

Sin embargo Roma tuvo anteriormente sus vestigios de literatura popular, manifestada sobre todo en formas rudimentarias del teatro. Pero esta literatura carecía del vigor suficiente para fructificar. Y nada hubiera prosperado sin la invasión cultural griega. La que por otra parte quita por completo a las letras latinas su carácter popular. Sólo en el teatro de Plauto se nota subyacente la veta terrígena, la nota folklórica.

El siglo VI de la fundación de Roma es, pues, la época primitiva, de formación de la literatura latina. Andrónico fue el iniciador. Con su traducción de la *Odisea* abre el camino a la poesía, y da a Roma su primera tragedia con *Achiles*. Siguen luego Cneo Nevio, autor de seis tragedias, veintinueve comedias y de la crónica épica *Bellum punicum*. Quinto Ennio, cultivador también de la tragedia, pero famoso por su extenso poema los *Anales*, en que cantó la historia romana, y con el que dio poderoso impulso al ar-

te del Lacio con la adopción de los metros helenos. Y por último, los trágicos Pacuvio y Accio.

Sobre estos autores versa la obra de Tarnassi. Era su plan cuando la publicó completarla con otros dos volúmenes. Uno sobre el teatro de Plauto y Terencio y otro sobre los prosistas, especialmente Catón; pero la enfermedad de sus últimos años impidióle dar culminación a tan grandioso plan.

Para apreciar lo difícil de tal labor basta recordar lo que se conserva de los autores primitivos de la literatura latina: veintidós comedias de Plauto, seis de Terencio y la mayor parte del tratado *De Agricultura*, de Catón. Los demás han llegado hasta nosotros a través de escasas citas de los gramáticos y los historiadores del siglo de Augusto y de la edad de plata. Con estos elementos construyó Tarnassi su monumental obra. A través de las páginas de Cicerón, especialmente, de Horacio, de Tito Livio, etc., nos reconstruye las figuras de los primitivos latinos. Lo que requiere una enorme erudición. Y con su perspicaz talento de crítico ordena esas citas, las valora y nos da el estudio más completo que conocemos sobre esa época literaria.

El segundo tomo de estos *Estudios* contiene: la recopilación de sus *Lecciones de literatura latina*; una *Vida de Cicerón*, completada con traducciones al castellano de *El sueño de Escipión* y del primer libro de las *Académicas*; y varias traducciones en verso italiano de odas de Horacio y de la *Epístola* al Venusino de Menéndez y Pelayo.

La primera de estas obras, más que una historia es una visión de conjunto sobre la literatura latina, los diversos géneros que cultivó — teatro, épica, lírica, elocuencia, historia — y la evolución de éstos hacia la edad media. Señala gran perspicacia en la presentación de los ge-

nios que amojonan la época de esplendor de Roma, entre los cuales se elevan Virgilio y Cicerón. Extrañamos sí, que no recalque más en el valor y la grandeza de Ovidio, que sí no dio una obra síntesis del carácter de su pueblo, como la *Eneida*, sí es, de los autores latinos, el que dio una producción más completa y variada, y el que se muestra más libre de la influencia griega.

La biografía de Cicerón es también un estudio de gran valor sobre "el más ilustre y el mejor de los antiguos, maestro y padre de las generaciones que le siguieron, sostén y consuelo de todas las almas inteligentes y cultas, veneración de todos los buenos". A través de estas páginas surge la verdadera figura de Cicerón, mal político, pero corazón generoso, vida purísima y patriotismo irreductible; tan distinto del hombre vanidoso y mediocre que han pretendido algunos historiadores modernos.

"El orador divino, dice Tarnassi, el elegante y suave escritor que admira, es el mismo que haciendo práctica y humanizando la filosofía de los griegos, con pensamientos que no parecen de su época sino de nuestro tiempo, no sólo establecía la identidad entre lo honesto y lo útil, sino que enseñaba que es necesario consultar la utilidad pública para conocer la utilidad individual; el mismo que fundado en la observación de que nada existe más parecido que un hombre a otro hombre, y que comunidad de deberes importa comunidad de derechos (*De leg.*, I, 7), proclamaba, primero que todos, la injusticia de la esclavitud (*De off.*, III, 4, 6), la igualdad de los hombres y la *Caritas generi humani* (*De fin.*, V, 23), el mismo que, sosteniendo y predicando la justicia universal, llegó (idea sublime, superior e inexplicable en su tiempo), a afirmar que Roma debía la pérdida de su libertad a la violación de ese precepto supremo (*De Off.*, II, 8)".

René Uribe Ferrer.

POESIAS

de Antonio Gómez Restrepo. Tomo I de las publicaciones de la Academia Colombiana. Escuelas Gráficas Salesianas. Bogotá, 1940.

No es caso frecuente el de un poeta crítico. Parece que anduvieran reñidas las facultades creadoras con la del análisis. Y es explicable. El crítico es ante todo razonador, mientras que en la obra del poeta predominan la imaginación y la sensibilidad. Y generalmente cuando una facultad se desarrolla en extremo, es con perjuicio de las restantes. Menéndez y Pelayo sólo una vez, en su juventud, alcanzó los arrebatos de la inspiración lírica: en su *Epístola a Horacio*. El resto de sus poesías está saturado de frialdad. Y como caso opuesto, es digno de notarse el de Darío, poeta excelso, pero cuya crítica no pasa casi nunca de comentarios líricos o ingeniosos. Es raro el caso de un Saint Beuve, o, entre nosotros, de un Miguel Antonio Caro.

Y así es don Antonio Gómez Restrepo. Su reputación de maestro de la crítica se ha afianzado a través de cincuenta años, ocupando uno de los primeros puestos en el continente. Y no es atrevimiento considerarlo uno de los más certeros discípulos de Menéndez y Pelayo. Al mismo tiempo, muestra de su refinada calidad de poeta es el volumen que ahora comentamos.

La Academia Colombiana, para honrar a su secretario perpetuo, ha reunido aquí los tres tomos de versos publicados por don Antonio: *Ecos perdidos*, la traducción de los *Cantos de Giacomo Leopardi* y *Relicario*, así como la fantasía dramática *En la región del ensueño*. Además se reúne el resto de su producción, dispersa en periódicos y revistas, en dos secciones: *Sonetos y Poesías varias*.

Si fuéramos a encasillar al maestro dentro de una escuela, habríamos de con-

siderarlo clásico. Su amplitud de criterio estético necesariamente rechaza todo exclusivismo de secta. Y a su pluma debemos reposados estudios sobre el valor y la importancia del modernismo, así como serenos juicios sobre los bardos que renovaron el verso hispano. Pero cuando a la poesía se dedica, es natural que su inspiración aparezca estructurada dentro de los moldes de una profunda cultura clásica. Pero un classicismo oreado a veces por las auras del sentimiento romántico y otras ducho en los matices tenues y en la flexibilidad del verso de las escuelas modernas.

Ecos perdidos encierra la cosecha de su primera juventud. Es la obra ingenua y promisoría de sus veinticuatro años. Son expansiones de un casto erotismo mezcladas en veces a reminiscencias clásicas. Tal acontece en *Legendo a Homero*, donde la evocación del cuadro sangriento de Troya sirve de fondo a la grácil figura de la amada.

La serie de *Sonetos* que sigue encierra lo más variado del volumen. Desde la composición descriptiva, hasta la estrofa amatoria; desde los cuadros de historia hasta la imitación clásica. Y sobre todo meditaciones filosóficas de fuerte inspiración como *Ante la estatua de Marco Aurelio*, cuatro sonetos en que nos hace la semblanza del emperador filósofo:

*Sin la soberbia majestad de Augusto,
ni la arrogancia militar de Mario,
ni la fiereza de Catón adusto,*

*tú imperas de la gloria en el santuario,
y se reflejan en tu faz de justo
remotos resplandores del Calvario.*

Lo más interesante y valioso de esta obra es sin duda la versión completa de los cantos de Leopardi. Treinta y cinco composiciones, cuatro mil doscientos versos en total. Producción escasa pero valiosa, que dio al cisne de Recanati tal vez el primer puesto entre los poetas ita-

lianos del siglo XIX. La versión de don Antonio, que adopta las formas métricas del original, con predominio del verso blanco, nos da cabal idea de la textura estética del autor de *La refama*. "Su pesimismo radical pero viril, su desprecio al sedicente progreso, su compasión hacia el hombre, juguete de la naturaleza indiferente o feroz; su poesía ardiente, austera a veces, raramente tierna, transida de una emoción íntima y discreta; poesía cabalmente clásica, que concede más importancia a la unión de la pasión más vibrante y del arte más depurado que a la abundancia o a la brillantez de las imágenes". (Van Tieghem).

La colección *Relicario*, con que termina el libro, fue publicada en Roma tras la muerte de su esposa. Estos versos, lo dice su autor, "guardan el recuerdo de una historia de felicidad doméstica que se desarrolló calladamente en la intimidad del hogar, sin que durante veinticinco años ninguna nube hubiera enturbiado. No comenzó ningún año sin que yo diera gracias a Dios y a mi esposa por esta incomparable ventura. En esta ocasión, no pudiendo ya colocar mis pobres versos sobre su tocador, a donde ella iba a buscarlos con la sencilla efusión de su cariño, los he puesto sobre su tumba, pues no me he resignado a abandonar la dulce costumbre de pronunciar su nombre". Aquí aparece el conocido soneto *Los ojos*, que ha alcanzado inmensa popularidad, verdadera joya del sentimiento lírico.

Con publicaciones como esta, la Academia Colombiana realiza una verdadera obra de extensión cultural: resucitar las obras de los grandes valores nacionales, ha tiempo agotadas, y cuyo conocimiento es necesario en esta época de revaluación y de crítica.

René Uribe Ferrer.

De *Carlos García-Prada* — Poema colombiano en 120 sonetos de varios autores.—Selecciones, arreglo e ilustraciones de Carlos García-Prada.—México, Imprenta universitaria, 1939. (140 páginas y en el colofón advertencia de que dirigió el trabajo Francisco Monteverde, cuidados de Leoncio Bello).

Carlos García Prada reside en Seattle, la capital del Estado de Washington que extiende su creciente poderío en el litoral del Pacífico norte; allí labora en la Universidad de Washington y figura como editor en jefe de la "Revista Iberoamericana", órgano del Instituto Internacional de literatura iberoamericana.

Nuestras referencias acerca de su personalidad, lo dibujan como un hombre activo, en juventud madura, acosado de nobles entusiasmos y de afanes que prosperan en obra de la durable; ansioso de crear nexos entre los pueblos americanos del Sur y los Estados Unidos; ansioso de dar a conocer los valores de su patria—materia en la cual, ciertamente, posee campo anchísimo que roturar—; ansioso, en fin, de servir a las bellas letras con personales aportaciones y con lo que es igualmente valioso y hartó necesario, con la tarea ardua, desinteresada y no exenta de sinsabores, de coleccionar la producción ajena y difundirla antológicamente. A su bondad debemos el obsequio de dos voluminosos tomos de su Antología de líricos colombianos, suplemento de la "Revista de las Indias", de Bogotá, 1937, obra a la que consagraremos nota separada: hoy deseamos rendir un tributo de simpatía a su "Luz que flota en el olvido".

La intención de este libro escapa a muchos comentaristas, que han querido encontrar en él esto o aquello: unos, una antología condensada, severamente hecha; otros, un poema orgánico; otros

más, algo como una pieza recreada personalmente: a nosotros se nos antoja que el propósito fue más sencillo, más cordial, y que el antologista, en el título—bello y sugestivo—que ha dado margen a las susodichas interpretaciones, se dejó llevar simplemente por la belleza y la seducción del hallazgo.

En efecto, "Luz que flota en el olvido", hace pensar en un intenso rescate: ha de tratarse, no puede uno menos de decirse, de poemas olvidados, a buen seguro de poetas desaparecidos; tal vez, una paciente labor de archivo, de exhumación cuidadosa y cariñosa, de reivindicación poética... Mas no. Desde la primera ojeada adviértese la presencia de poetas actualísimos, vivos y vivientes casi todos, junto a unos cuantos muertos de ayer, que seguirán viviendo en la permanencia indudable de su obra. El título, pues, llama a engaño; pero ¿por qué tanto reclamo a un título ilusionante?

En las páginas del elegante volumen se suceden los sonetos, endecasílabos o alejandrinos, sin seguir un orden cronológico ni de escuelas; un leve hilo, no más, corre tras el desarrollo temático de las cinco jornadas en que se divide el contenido, correspondientes a fases de la evolución espiritual del individuo tanto como de una ideal presentación de la patria colombiana, nos parece. A cada jornada acompaña un sobrio dibujo simbólico de García-Prada, que así se manifiesta en nuevo aspecto de su inquietud.

Para nosotros, este libro representa un deleitoso entretenimiento de su compilador, que con piezas dispersas quiso tramar un mosaico lírico, apasionándose en el juego. La empresa no es de las fáciles, porque implica el ensamble de muy dispares épocas, temperamentos, formas e ideas, sirviendo a una finalidad compleja. La selección entrafía, además, escoger en la terrible disciplina del soneto, poemas definitivos, cuanto puedan serlo, y nada tan peligroso, es sabido, como la calificación del soneto, llamado con razón lecho de Procusto de los poetas.

Los poetas colombianos han vaciado en el soneto prodigios de sentimiento y de pensamiento; no hay que decir que a los aciertos corresponden también innumerables fracasos; pero es verdad que por virtud de los métodos de su cultura y acaso por su predilección clásica, los colombianos han adquirido relevante maestría en el manejo del viejo, ilustre e incitante pero rebelde molde. En "Luz que flota en el olvido" son muchos los sonetos excelentes, algunos perfectos y los que ofrecen desigual tersura o se aproximan a la falla —nunca completa porque ello acusaría falta en el compilador— figuran allí sin duda por exigencia de la idea directora de la selección, más que por su calidad en sí.

La presencia de maestros: Pombo, Caro, Valencia y Gómez Restrepo, es garantía de belleza; los sonetos de estos grandes poetas son obligadamente ejemplares y varios de éstos cabrían en antologías más severas, por su consistencia de impecables mármoles líricos. Otros poetas aportan sonetos admirables: los de José Eustasio Rivera, el atorbellinado cantor de "La Vorágine", tienen un lujo tropical que evoca a José Santos Chocano en sus exploraciones de adelantado en la naturaleza de la América todavía Virgen; los de Germán Pardo García dan notas de alta elegancia moderna y hondo contenido: henchidos de sugestión, aparecen los de Eduardo Castillo y varios de Llanos, de Lozano y Lozano y de Gómez Jaime; Angel Montoya, Ismael Enrique Arciniegas y Luis Carlos López, en distinta tónica pero con perceptible aire de familia traen reminiscencias de Herrera Reissig, acaso por consonancia temporal. Otros poetas dicen, en voces aisladas, su canto en esta sinfonía difícil que urdió el gusto de García-Prada con evidente conocimiento de los escollos con que hubo de tropezar.

Esta empresa gentil nos trae a la memoria una amable hazaña de Juan Ramón Jiménez, al organizar con versos sueltos de los poemas de nuestro Carlos

Girón Cerna, "Mis lunas en el mar", un soneto delicioso, en mágico acto de prestidigitación poética. La importancia, la utilidad —¡cosas tremendas!— que a estos alardes o entretenimientos puedan pedirseles, no nos interesan. Basta con su realización misma, y con que ofrezcan materiales gratos al espíritu. En un mosaico no cabe demandar perfección lineal, arquitectónica perfección: del conjunto se desprende una armonía inusitada, no preconcebida, un encanto peculiar, que compensa por igual al autor el sacrificio de la creación —sacrificio gozoso en los buenos casos— y al contemplar su esperanza ilusionada.

En el trabajo acometido por García Prada, suavizados los ligeros e insoslayables desajustes, que nunca llegan a lo trágico ni menos a lo desgarbado, complacen las excelencias, y se le agradece el regalo antológico que nos hace de facetas líricas de su país. Es arriesgadísimo construir un ramo de aristocrático presente con flores dispares tomadas aquí y allá; pero el seleccionador ha conseguido una armonía imprevista, y la luz que para él flotaba en el olvido, para nosotros flotará en memoria inmarcesible.

César Brañas.

Guatemala, C. A.